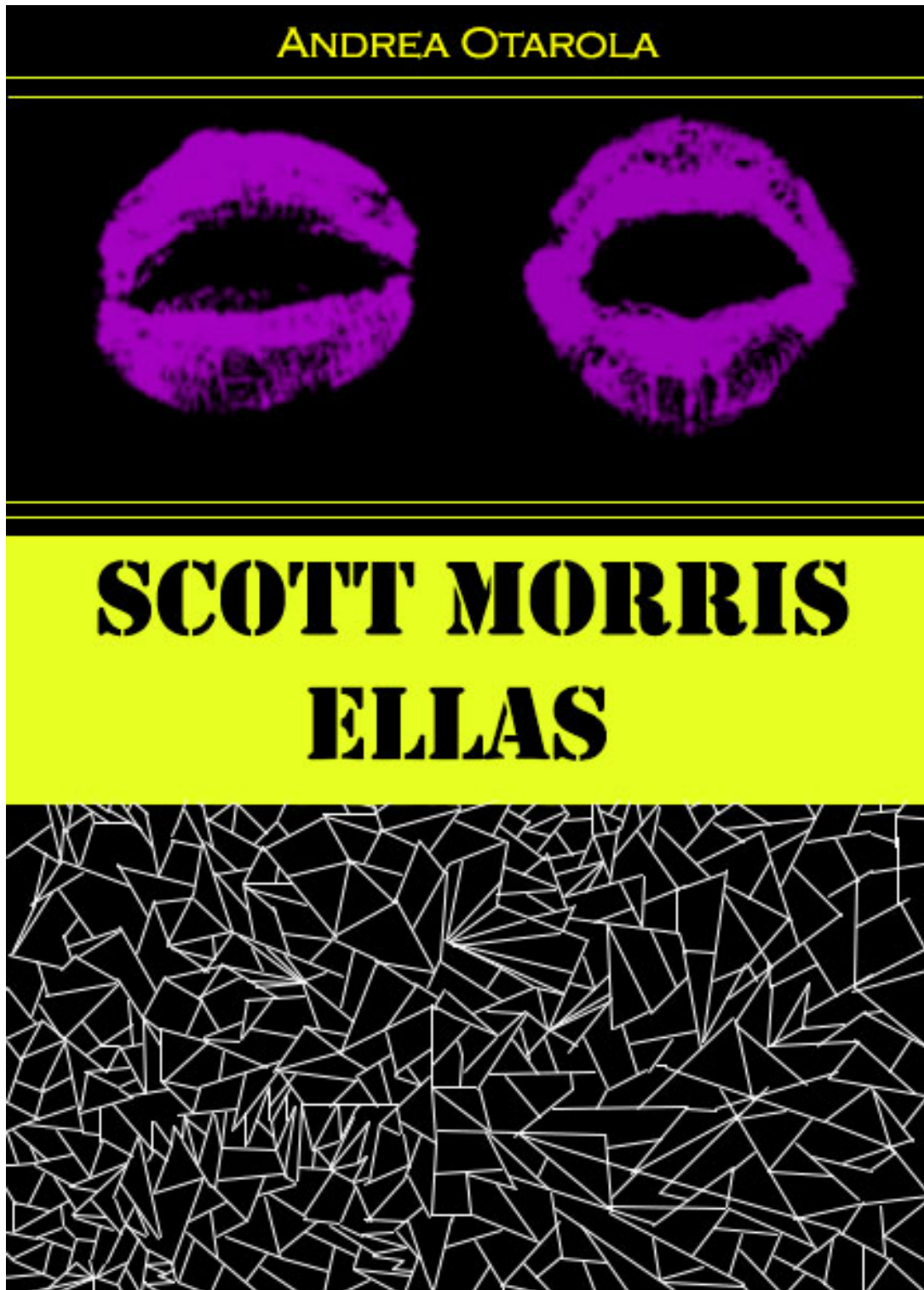


Scott Morris Ellas

Andrea Otarola



Capítulo 1

Prólogo

Las calles de Philacoops siempre habían tenido un dejo alegre y cálido. Solían estar atestadas de personas, sobre todo en la avenida principal y especialmente ese día.

Era víspera de Navidad, y a pesar del frío y los pequeños copos de nieve que caían sobre la capucha de mi chaqueta, estaba de buen humor.

Siempre me había considerado lo suficientemente amante de las fiestas como para armarme una carpeta musical de villancicos, por lo que en mis auriculares resonaba "Jingle Bell Rock" y yo lo escuchaba con la emoción de un niño sentado junto a un árbol colorido, esperando sus regalos de medianoche.

Las campanillas que pendían sobre la puerta, de mi cafetería preferida, tintinearón en el aire en cuanto la abrí.

La encargada, que solo debía tener unos cinco años más que yo, me saludó con una sonrisa cálida y me acerqué, apoyando sobre el mostrador un paquete de papel madera, en el que había envuelto el regalo que le daría esa misma noche a mi madre.

- Un café irlandés para llevar por favor- le pedí, sin que, por eso, ella dejara de mantener los ojos fijos en el paquete, seguramente esperando que fuese para ella.

- Cómo siempre- sonrió finalmente, despegando los ojos del regalo de mi madre y poniendo en marcha la vieja cafetera del local.

- Hola Scott- me saludó mi mejor amigo, Jordan, descolgándome uno de los auriculares de la oreja- ¿puedo fingir no saber qué estás escuchando música navideña? - me pidió entornando los ojos.

Jordan trabajaba allí como mozo, y algunas veces ayudaba en la cocina con la parte de repostería.

Tal vez por eso, su físico no era exactamente el de alguien deportista, sino más bien el de un crítico gastronómico.

La encargada destapó una refinada botella de whisky, y el aroma del alcohol tostado me hizo sonreír, mientras observaba como terminaba de preparar mi café y cubría el vaso descartable con una tapa plástica.

- Gracias Mary- dije asintiendo, y luego abracé rápidamente a Jordan con un brazo mientras con el otro recuperaba el paquete del mostrador.

- Mis padres te mandan saludos. Dicen que puedes pasar mañana si quieres- me dijo él con una mueca.

- Claro, nos vemos mañana-

Salí nuevamente al exterior y una oleada de aire frío me abofeteó el rostro. Seguí caminando por la avenida principal, en dirección a mi casa, bebiendo cortos sorbos de café para entrar en calor. Sin embargo, al doblar la esquina, me detuve, totalmente paralizado.

A unos cinco metros de distancia, delante de mí, había centenares de pequeñas esquirlas de vidrio estrelladas contra el asfalto.

La gente comenzaba a correr, expectante por saber lo ocurrido, aunque en realidad lo que estaba frente a nuestros ojos era algo demasiado claro para no ser comprendido.

Sobre los cristales, en un charco de sangre oscura, había un cadáver, y era de alguien que yo conocía: su nombre era Emma Fisher.

Capítulo 2

Capítulo Uno

Emma era una chica de cabello rubio oscuro y de ojos castaños. Podía verla a diario caminando por los pasillos del Instituto St. Lorence, con una radiante sonrisa estampada en los labios y con sus caderas redondeas moviéndose al compás de sus pies.

Había ingresado al instituto a principio de ese año, cuando ella y su hermana Rebecca se habían transferido.

Nadie sabía mucho de ellas, pero todos se volvían para mirarlas a ambas de reojo y balbucear en voz baja comentarios sobre su casa, su vida, y toda una seguidilla de falacias y rumores falsos.

Emma tenía quince años, tres menos que yo, y jamás llegaría a tener mi edad.

En aquel suelo frío y húmedo, parecía observarme fijamente con los párpados abiertos, y su cabello estaba teñido de sangre, que brillaba por los centenares de vidrios que tenía incrustados en la cabeza.

Su rostro, color durazno, estaba surcado por líneas rojas que parecían fragmentarlo, y su cuerpo estaba torcido en un ángulo extraño y muy poco vivido.

No me di cuenta de que el café se me había caído al suelo y que el líquido caliente se había derramado sobre mis pantalones, quemándome una pierna. Tampoco me di cuenta de los gritos que retumbaban a mi alrededor, ni el ruido de las sirenas de policía cuando se detuvieron en medio de la calle.

Poco a poco el tumulto de gente comenzó a disiparse. Sin embargo, yo seguía allí, observándola sin poder creer lo que estaba viendo.

No había sido mi mejor amiga, pero nos caíamos bien. Solo habíamos cruzado algunas palabras de vez en cuando. Yo llevaba todo el año colado por su hermana y ella quería ayudarme, pero jamás tuve demasiado éxito.

Alguien se detuvo delante de mí y agitó una mano frente a mi rostro. Parpadeé un instante y finalmente pude apartar los ojos.

Frente a mí, un policía con rostro serio y frío me hablaba por encima del

ruido de las sirenas, mientras otro se nos acercaba.

- ¿Eres mayor de edad? - preguntó el hombre dejando de agitar la mano delante de mí y mirándome con una ceja enarcada.
- Sí, señor- asentí torpemente.
- Tendrás que acompañarnos. Necesitamos al menos un testigo-
- Yo no he visto...-
- Ya te preguntaremos que has visto cuando estemos en la comisaría- nos interrumpió el otro abriendo la puerta trasera del patrullero- entra-

Sin decir palabra solté un suspiro y arrastré los pies hacia el auto. El primero que me había hablado se sentó como conductor. El otro, volvió a reunirse con un grupo de policías que comenzaban a observar el cadáver y cerrar el paso de los coches con tiras plásticas.

Jamás había estado antes en un patrullero. Los asientos traseros eran duros y una rejilla me separaba del conductor.

El policía no se dignó a decir palabra. Conducía lentamente entre las calles que a pesar de las luces navideñas habían perdido parte de su calidez.

Miré la hora en el reloj que llevaba en la muñeca izquierda, eran las ocho de la noche, mi madre pronto se pondría histérica porque no estaba ayudándole a poner la mesa para la cena.

El coche aparcó en frente de la comisaría y el conductor me abrió la puerta. No fue por gentileza, simplemente no se podía abrir desde dentro.

Bajé, aun levemente aturdido y lo seguí al interior de la comisaría. Allí, otra policía estaba atendiendo un mostrador, en la entrada.

Me miró de pies a cabeza con cara de aburrimiento, mientras un pequeño arbolito navideño de escritorio brillaba irónicamente a su lado.

- Es un testigo- explicó mi acompañante- ¿le tomas los datos? - La mujer asintió y extendió la mano sobre el escritorio en mi dirección.

- Identificación por favor-

Abrí mi billetera y la extraje de su interior. Se la tendí, y ella, luego de comparar que mi rostro dormido y ojeroso de la foto era igual al que tenía en ese momento, comenzó a teclear en una computadora vieja, sin decir nada más.

- Toma asiento por allá- me indicó señalando los asientos que se encontraban en un costado y devolviéndome mi credencial- ya van a

llamarte-

No me dirigí a los asientos. Caminé hasta la máquina expendedora de café y apreté el botón para pedir un lungo sin azúcar. Cuando me volví, mi corazón comenzó a palpar con fuerza.

Rebecca Fisher entró a la comisaría junto a su abuela. Ella ni siquiera se volvió para mirarme. Sus ojos celestes estaban rojos e hinchados por llorar, al igual que los de su abuela, que tenía la mirada clavada en el suelo y le temblaban las manos.

Me hubiese gustado poder decirles que lamentaba su pérdida, que a mí también me entristecía, pero no podía imaginar el dolor que sentirían ellas en ese momento como para que un desconocido incómodo intentase consolarlas.

- Scott Morris- oí una voz demasiado familiar a mis espaldas.

Allí estaba, mi padre, con su majestuoso uniforme azul, me miraba con rostro serio y los brazos a los costados.

- Por aquí- me pidió señalando una puerta metálica entreabierta.

La empujé con cuidado y él entró detrás de mí. Me acomodé frente a una mesa rectangular que no tenía absolutamente nada sobre ella, y mi padre se acomodó del otro lado de la misma.

- ¿Qué sucedió Scott? - me preguntó ablandando repentinamente la mirada- necesito saber todo lo que viste-

- Cuando la vi ya estaba en el suelo...- intenté explicar pasándome una mano por el cabello- no sé porque pudo haber querido suicidarse...-

- Scott- mi padre abrió una pequeña libreta y la apoyó sobre la mesa- si esto se tratara de un suicidio no estarías aquí-

- ¿Cómo lo sabes? - inquirí, aunque no me correspondía en absoluto.

- Su cuerpo estaba sobre vidrios que provenían de una ventana, y el ventanal de su casa estaba destrozado y con manchas de sangre- me aclaró- Emma Fisher fue asesinada, y necesitamos testigos que puedan decirnos todo lo posible para averiguar quién fue-

Capítulo 3

Capítulo Dos

Cuando mi hermano mayor murió, un año atrás, asistí por primera vez al funeral de una persona joven.

Todos son tristes, y siempre, en todos ellos, las personas visten de negro, dicen frases algo premeditadas y sostienen flores; pero ver a alguien joven dentro de un ataúd, que aún no ha ni siquiera comenzado a vivir su vida, es algo terrible.

No había visto el cuerpo de mi hermano durante su funeral. Mis padres habían pedido que fuera a cajón cerrado por qué no soportaban la idea de verlo así. Sin embargo, el cuerpo de mi amiga, sí estaba a la vista de todos.

El funeral de Emma fue muy concurrido. Casi todo el Instituto St. Lorence estaba allí. Me sorprendió por de más la extraña forma que tienen de querer las personas: mientras vives, pueden decirte cosas aberrantes y esparcir rumores, pero si mueres, has sido un héroe para todos ellos.

Rebecca estaba en la primera fila de la iglesia, sentada en un banco de madera que crujía cada vez que el sacerdote pedía que todos se pusieran de pie o volvieran a sentarse. A pesar de estar unos cuantos lugares detrás de ella, podía ver su cabello largo y de un rosa claro cayéndole por la espalda. Estaba encogida, como si todos sus músculos estuviesen tensos, mientras contemplaba la imagen de su hermana, que había sido colocada a un lado del ataúd.

A su lado, su abuela también se mantenía rígida y de vez se en cuando levantaba un pequeño pañuelo de tela blanco hasta su rostro, seguramente para secarse las lágrimas.

- Deberías acercarte a hablar con Rebecca- dijo Jordan en un susurro, mirándome de reojo.
- No estoy seguro que sea un buen momento. No sé qué decirle-
- Pues, que lo sientes... ¿qué más le dirías? -
- Me sentiría estúpido, ni siquiera sabe quién soy-

Todos se pusieron de pie. El ataúd, tomado por un grupo de hombres vestidos de negro, recorrió el pasillo hasta salir de la iglesia, seguido por todos los presentes; mientras las campanas resonaban sobre nuestras

cabezas.

Fuera de ahí, la lluvia caía torrencialmente. Jordan me saludó con un gesto de la mano para despedirse y me guiñó un ojo. Claramente, estar en un velatorio, le importaba tan poco como a la mayoría de los presentes.

Rebecca y su abuela salieron últimas, agarrándose del brazo, y sosteniendo un amplio paraguas transparente.

- No iré, lo siento- oí que le decía a su abuela.
- Muy bien, tomaré un taxi- asintió la mujer apartándose con el paraguas en dirección a la avenida.

Caminé rápidamente hacia ella y abrí el mío para cubrirla.

A pesar del frío, llevaba un vestido que llegaba un poco más arriba de las rodillas, de color negro y suelto, y medias largas con unas botas de cuero oscuro.

Se secó el rostro con la manga de su abrigo y parpadeó con las pestañas mojadas por la lluvia, mientras me miraba con un par de ojos celestes y confundidos.

- ¿Gracias? – me dijo finalmente con una mueca.
- Lamento todo esto...- dije arrugando la frente- soy Scott Morris, conocía a tu hermana-
- ¿La conocías de verdad o eras otro de los que esparcían rumores sobre nosotras? - respondió entornando los ojos.
- He oído cosas, no lo niego. Pero me agradaba Emma, siempre me hablaba con una sonrisa-
- No te conozco ¿verdad? - inquirió ella mordiéndose el labio, pintado de un rojo fuerte.
- Jamás hablamos antes-
- Pues... necesito alejarme de las personas conocidas por un rato... ¿quieres ir por un café? -
- Claro- asentí sin poder creérmelo, mientras ambos comenzábamos a caminar por la avenida, escondiendo las cabezas debajo del paraguas.

El mesero dejó en nuestra mesa un café irlandés humeante y uno negro para ella. Aquella cafetería no tenía nada de cálido comparado con mi lugar de siempre. Los asientos eran mullidos, de cuero amarronado y nos separaba una mesa rectangular y metálica, que no estaba del todo limpia.

El suelo pegajoso tenía cuadros blancos y negros y casi podían verse las

huellas de aquellos que habían pasado por allí.

Habíamos tomado la mesa que estaba pegada junto a un gran ventanal. Desde allí podíamos ver a las personas que aún salían de la iglesia, y como la lluvia seguía cayendo furiosa sobre los transeúntes.

Rebecca abrió tres sobres de azúcar y luego revolvió con la vista perdida en el líquido marrón que tenía delante de ella.

- Entonces... ¿quieres hablar? - pregunté carraspeando con cierta incomodidad, mientras ella por fin levantaba la vista y se percataba de mi presencia.

- Claro, lo siento...- asintió dando un sorbo de su café- ¿estás en el Instituto St. Lorence tú también? ¿Se conocieron allí? -

- Así es- asentí, sin saber muy bien qué decir- ¿vives con tu abuela? -

- Sí, nos mudamos este año a su casa... mis padres se separaron y nosotras nos distanciamos de ambos, así que preferimos mudarnos y transferirnos de escuela. Se rumorea que fuimos expulsadas y que nuestros padres quisieron internarnos en una escuela católica para poner fin a nuestra conducta, pero eso no fue lo que pasó- se encogió de hombros.

- Oí algo sobre eso- sonreí bebiendo un trago de mi café.

- El otro día... te vi en la comisaría... tu... ¿estabas allí? -

- Llegué cuando ya había sucedido todo, pero me tomaron como testigo. No había mucho que pudiera agregar, vi exactamente lo mismo que todos los presentes. ¿Estabas cerca? - ¿Por eso llegaste tan rápido con tu abuela? -

- No- negó ella con la cabeza, bajando la mirada- me llevaron a la comisaría para contar qué había sucedido. Yo estaba en casa con Emma-

- ¿Y lo viste? ¿Viste lo que sucedió? -

- Tengo... vagos recuerdos... estaba en mi habitación cuando escuché algunos ruidos... fui a ver qué sucedía en la sala y mi hermana estaba forcejeando con dos personas que se habían metido en la casa...-

- ¿Te agredieron? ¿Ellos... estaban allí por ella? - inquirí abriendo los ojos y tragando saliva con dificultad.

- No sé por qué estaban allí, ni siquiera pude ver sus rostros. Sé que hice todo lo posible para que soltaran a mi hermana, pero me golpearon o debí darme la cabeza contra algo porque cuando desperté, la policía estaba allí, y mi hermana...-

Rebecca respiró hondo y apartó la mirada antes de darle un gran trago a su café.

- Debo confesar que al principio pensé que se trataba de un suicidio... no imagino porqué, ni cómo alguien podría querer atacarla...-

- La conocí mejor que nadie- dijo ella con rostro angustiado- habría tenido más motivos para suicidarse que para que alguien la odiara...-

- ¿Por qué lo dices? - inquirí.

- ¿Eres bastante morboso sabes? - sonrió- interrogas a la hermana de una chica muerta un día después de su fallecimiento y pides todos los detalles... eres tan insensible que creo que me agradas- dijo con los ojos levemente brillantes.

- Lo siento- dije echándome hacia atrás en el respaldo y rascándome la nuca con incomodidad- mi padre es policía... creo que llevo lo de investigar en la sangre-

- ¿Dijiste que Morris era tu apellido? - inquirió ella, y yo asentí- ¿el hijo del agente Harry Morris, el que lleva adelante el caso de mi hermana? -

- Así es- dije terminando mi taza de café, mientras el calor del whiskey comenzaba a recorrerme el cuerpo.

- Entonces... dile a tu padre, que si puedo ser de ayuda en algo para esta investigación... en lo que sea, que me avise-

- Claro- asentí con una mueca.

- Paró de llover... será mejor que vuelva a mi casa, seré más útil allá que aquí- suspiró dejando un dólar sobre la mesa y poniéndose de pie para colocarse el abrigo.

- ¿Estarás bien? ¿Quieres que te acompañe? - le pregunté poniéndome de pie a mi vez.

- Gracias, pero ahora prefiero caminar un poco... sola. Ya nos veremos en la escuela-

Asentí y volví a sentarme. Vi como encendía un cigarrillo y le daba una larga calada con el ceño fruncido, antes de comenzar a caminar entre las calles húmedas de la ciudad.

Capítulo 4

Capítulo Cuatro

Bajé del coche de Jordan con las manos trémulas. Debía admitir haber mentido durante la cena familiar del día anterior. La idea de seguir periodismo era algo más que una simple idea. Había pasado meses investigando cuales eran los mejores periódicos de la ciudad y de los alrededores, había indagado sobre qué universidad me convenía; y el resultado estaba frente a mis ojos.

Cerré la puerta del coche con cierto ímpetu, mordiéndome el labio con fuerza hasta hacerlo sangrar; mientras el corazón me latía violentamente contra el pecho.

El periódico "Inmedia" se desplazaba frente a mí en un enorme edificio gris, con ventanales rectangulares.

La entrada poseía gradas largas y anchas de color blanco, que conducían a una puerta giratoria de cristal.

Jordan bajó la ventanilla del coche y me volví para mirarlo con un nudo el estómago mientras apretaba con fuerza la correa de mi morral de cuero oscuro. Me sonrió de oreja a oreja.

- ¡Puedes hacerlo! – asentí.

El interior del edificio era aún más majestuoso. Los suelos eran de cerámica oscura y brillante, tan brillante que incluso podías reflejarte en ella. Al frente, cerca de la puerta, había un mostrador lo suficientemente largo para que en él trabajasen tres recepcionistas.

Una de ellas, levantó la vista de su ordenador, sin dejar te teclear y me miró interrogativa.

- Soy... Scott Morris- me presenté carraspeando- tengo una entrevista con el señor Cooper-

- Sí- asintió ella sonriendo repentinamente- lo está esperando en su oficina, quinto piso, primera puerta a la derecha-

Asentí y caminé hacia el ascensor con piernas de gelatina. Cuando las puertas del mismo se cerraron detrás de mí solté todo el aire que había estado conteniendo, aliviado de que no me dijeran que aquella entrevista había sido un error, y que el director del periódico no tenía ninguna intención de hablar conmigo.

Me observé detenidamente en el espejo del ascensor, intentando erguirme y parecer alguien seguro de sí mismo. Sabía que no tenía el aspecto convencional de alguien que trabaja en traje y corbata en un periódico. Pero si había tenido una oportunidad, necesitaba exprimirla al máximo, sin importar como me veía.

Mi cabello era color chocolate y lacio, peinado con cuidado hacia a la derecha. Tenía ojos medianamente grandes de color castaño, con pestañas negras. Mi nariz llevaba una pequeña argolla plateada que parecía brillar bajo un reflector en ese momento, pensando en qué opinaría el señor Cooper al verme; mientras que otra pendía tranquilamente de mi oreja izquierda.

A pesar de la camisa blanca que llevaba encima y el saco negro con corbata, sabía que aún podían verse los tatuajes que llevaba en el cuello y aquellos que asomaban en mi mano izquierda por debajo de las mangas.

Cuando el ascensor se abrió, caminé hasta la puerta que me habían indicado y golpeé con los nudillos, hasta oír que me gritaban "pase" desde el otro lado.

El señor Cooper estaba sentado en un escritorio repleto de papeles, prolijamente apilado. Debía rondar los cincuenta y cinco años, a pesar de que no tenía demasiadas arrugas. Su piel era de un tono marrón oscuro y tersa; su cabello estaba casi rapado por completo y sus ojos eran pequeños y negros, como dos cuentas.

- Scott Morris ¿verdad? - me preguntó poniéndose de pie para estrecharme la mano.
- Buenos días, señor Cooper- lo saludé con asentimiento mientras él me señalaba el asiento delante de su escritorio para que me acomodase.
- Recibí sus datos personales junto con algunos de las notas que escribío- me sonrió entrelazado las manos frente a él- debo decir que me han gustado-
- Le agradezco haberles dedicado su tiempo- dije con una sonrisa, un poco más tranquilo.
- Hace muchos años que no tomamos practicantes en el periódico. Lamentablemente son tiempos difíciles para la información, y encontrar notas interesantes que puedan atraer al público mantienen a todos los trabajadores completamente atareados como para dedicarle el tiempo necesario a alguien nuevo-

Sentí que el alma se me caía a los pies en cuanto dijo aquello. Un mail diciendo que no estaba interesado habría sido más que suficiente... eso ya era jugar con las expectativas de alguien.

- Sin embargo- continuó- debo decir que me agradó mucho la forma de redactar. Ha investigado muy bien sobre los temas que ha investigado... y

las fotografías fueron un buen toque- sonrió con unos dientes tan blancos que contrastaban con el resto de su cara- creo que tiene potencial, aunque aún no puedo garantizarle que pueda ser aprendiz aquí-

- Creo que no entiendo- dije con una mueca, repasando mentalmente qué parte de mi aspecto había logrado descalificarme.

- Las notas son buenas, pero como le dije antes, todos aquí necesitan presentar noticias que puedan atraer al público. Noticias nuevas, desconocidas y lo suficientemente desafiantes. Necesito que me presente por lo menos un nuevo artículo, que esté lo más próximo posible a la publicación-

- Escribí sobre alguien con problemas alimenticios, contando su historia y superación; y sobre una muestra de cuadros hechos por una adolescente explicando cuál era su significado... creo que me pareció algo nuevo-

- Mira... hay dos tipos de historias, aquellas que cuentan algo fascinante y aquellas que dejan verdades al descubierto. Verdades que van más allá que la vida de un grupo de adolescentes. Necesito noticias de última hora, enigmas, desafíos. Tienes que ser ambicioso, tener sed de descubrir nuevos eventos-

- Muy bien señor- asentí intentando no parecer tenso- presentaré otro artículo-

- Lo estaré esperando- el señor Cooper me dedicó una sonrisa y me estrechó la mano a modo de saludo.

Cuando salí de su oficina, a pesar de los halagos, me sentía más inseguro que antes.

Capítulo 5

Capítulo Cinco

El despertador sonó a las siete de la mañana en punto, con una canción tan fastidiosa que me planteé la idea de lanzar el celular por la ventana.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor. El sol estaba asomando por entre los edificios y un rayo de luz se filtraba sobre mi cama, dejándome ver las motas de polvo que brillaban sobre mí.

Luego de un par de minutos de mantenerme cubierto hasta la nariz; aparté las sábanas y caminé hasta la cocina.

Mi padre estaba tarareando una canción entre dientes, mientras exprimía naranjas y rellenaba dos vasos.

- Buenos días- lo saludé mientras sacaba del horno una bandeja enorme que solo contenía dos medialunas ya calientes.

El aroma dulce de la vainilla y la manteca lo inundaba todo, y se me hizo agua la boca.

- Hola Scott- me saludó él volviéndose hacia mí y tomando una de las medialunas- la otra es tuya- me sonrió, dándole un mordisco. Papá necesito hablarte- dije carraspeando y tomando el vaso de exprimido que ya estaba lleno.

- Eso no suena bien-

- En realidad... suena bien para mí- respondí con una mueca, bajando la vista- presenté algunos artículos en el periódico "Inmedia", para postularme como aprendiz... y les han agradado-

- ¡Scott! - dijo mi padre abriendo mucho los ojos- ¡Es una excelente noticia! ¡No pensé que hablabas en serio en la mesa cuando dijiste que te interesaba el periodismo! - me apoyó una mano en el brazo en un gesto de cariño; de hecho, en el gesto más cálido que había tenido conmigo en mucho tiempo.

- Sí, bueno... me pidieron que escribiera algo más... para confirmar que podré hacer allí mis prácticas el año entrante... pero quieren que sea algo novedoso y excitante... no un artículo sobre un deporte desconocido o una comida extraña...-

- ¿Y no tienes idea sobre qué escribir? - inquirió él, terminando su medialuna.

- Tengo una idea en realidad... quisiera contar la resolución de un caso... un crimen interesante... y pensaba que tal vez, pasar tiempo en el departamento de policía podría serme de utilidad-

Scott...- su rostro se apagó en una milésima de segundo- los casos de la comisaría son confidenciales... no puedo simplemente pedirle a todos que

te cuenten sus investigaciones-

- No necesito eso...- me mantendré alejado... podría ayudar en cualquier cosa y solo me irías contando los progresos de algún caso... ni siquiera es una nota que va a publicarse... solamente tiene que gustarle al director-

- ¿Por qué no inventas algo? – entorné los ojos y apreté la mandíbula intentando contener la irritación, pero me fue imposible.

- Sé perfectamente que no se trata de un problema de confidencialidad- le solté apoyando el vaso con cierta brusquedad en la mesada de mármol- tú y mamá pasan el tiempo discutiendo y susurrando por tu trabajo; sé que mamá lo detesta profundamente y que tú ya no lo disfrutas como antes, y realmente yo no sé cuál es el problema... pero sé que está relacionado con la muerte de Eric, porque comenzaron a comportarse así desde que él murió-

- Scott...- mi padre intentó calmarme, pero era tarde, no podía callarme una vez que había comenzado a hablar.

- No voy a preguntarles cual es el problema, aunque realmente me gustaría mucho saberlo... pero mi padre es policía, crecí dentro de una comisaría, crecí entre formularios de denuncias, gente con uniforme y casos por resolver; y ahora, todo eso lo necesito para poder escribir solo un maldito artículo. No creo estar pidiendo mucho-

- Está bien- asintió mi padre cogiendo el vaso que yo había dejado y tendiéndomelo nuevamente- vendrás a la comisaría y me acompañarás a patrullar de vez en cuando... pero hay condiciones- no pude evitar que las comisuras de mis labios se curvaran en una sonrisa.

- Lo que sea...-

- Tendrás que ayudar, no puedo llevar a mi hijo y que sea un estorbo para mis compañeros-

- Bien-

- Tú le contarás a tu madre de esto...-

- Hecho- seguí asintiendo sin dejar de sonreír.

- Y termina de desayunar, llegarás tarde a clase-

Regresar a clase, después de las vacaciones de Navidad, era terriblemente chocante. El uniforme parecía haberseme encogido un talle... a menos que la culpa fuera de las abundantes cenas de las fiestas. Constaba de una camisa blanca, debajo de un saco del mismo color con rebordes negros; y un par de pantalones oscuros. Las chicas, por su parte, solo se diferenciaban por usar falda, generalmente mucho más corta que lo que el reglamento dictaba.

- ¿Puedo dejarte esto? - oí una voz a mis espaldas, mientras terminaba de sacar mi libro de biología del casillero para la primera clase.

Me volví, justo a tiempo para encontrarme cara a cara con Rebecca. Llevaba el uniforme tan impecablemente como de costumbre, y su cabello rosado estaba recogido en una coleta alta. Miré su mano por un instante,

y me di cuenta que estaba tendiéndome un volante.

- ¿Qué es? -inquirí cogiéndolo y mirándolo un segundo.

- Baile de comienzo de clases- dijo ella entornando los ojos- la directora me pidió que me encargara de la organización. Nunca pareció querer encomendarme nada, pero creo que quiere distraerme para que no me deprima- suspiró.

- Creo que ayudar en un baile te podría terminar de hundir en la depresión- dije con una mueca, y ella sonrió.

- Eso mismo pensé yo. Pero no se lo dije. No quiero arruinarle su acto de bondad del mes-

- ¿Irás? - le pregunté carraspeando y volviendo a mirar el folleto.

- No lo creo... no me gustan las fiestas-

- Entiendo- dije mientras las esperanzas de pedirle que fuera mi pareja en el baile se esfumaban.

- Por cierto... ¿se te ha ocurrido algo desde la última vez que hablamos? - Rebecca rebuscó en los bolsillos de la chaqueta del uniforme hasta dar con una cajita metálica de color negro.

La abrió, y extrajo de ella un cigarrillo. Los corredores ya estaban vacíos. Todos habían entrado a clase, por lo que ni siquiera se preocupó en acercarse a una ventana antes de encenderlo.

- Pensé que podríamos caer de sorpresa en la casa del novio de su mejor amiga, pero acaba de transferirse a las habitaciones estudiantiles de la Universidad de Philacoops. No sé cómo podríamos hablarle-

- Espera... ¿la Universidad de Philacoops? - ella asintió con un suspiro- mi primo va allí... tal vez encuentre una manera de que podamos hablarle-

- ¿Quieres hablar de esto con tu primo? No estoy segura de que debemos involucrar a más personas...-

- Tranquila- dije sonriendo de lado y pasándome una mano por el cabello- tengo una idea para que nos meta en la universidad sin tener que contarle nada-

- De acuerdo... confiaré en ti- dijo ella soltando una bocanada de humo mientras volvía a guardar su cajita- gracias Scott- me sonrió con una mueca antes de marcharse.

Capítulo 6

Capítulo Seis

El corazón me latía con fuerza cuando ese día entré a casa. Incluso antes de abrir la puerta, sabía exactamente donde estaría mi madre: sentada en el sillón del salón, mirando un canal al azar.

En cuanto entré, sus ojos cansados y apagados se posaron en mí, y forzó una sonrisa triste. Estaba envuelta en una manta gruesa de color marrón oscuro y la tele estaba encendida, mostrando una película francesa que no creía que ella estuviese viendo.

- Lo siento, olvidé hacer el almuerzo- se disculpó bajando la vista y moviéndose lentamente para ponerse de pie.
- No hay problema- le sonreí-te prepararé algo y me iré. Veré a Albert en un momento- dije dejando mi morral en el suelo de la entrada y caminando hacia ella.

Junto al sillón había una pequeña mesita ratona, y sobre ella descansaba una botella de whisky medio llena y un vaso vacío de cristal.

- Creo que es suficiente ¿no? - dije con una mueca, mientras tomaba el vaso y la botella y los guardaba en el mueble de licores, donde además de botellas, estaban todas las copas y vasos, para cada bebida.
- No cocines nada Scott. No tengo hambre hoy- me dijo ella, incorporándose en el sillón en un intento vano por recomponerse.
- Tienes que comer de todas formas. Estás muy delgada-

Sabía que yo tenía razón, pero también sabía que ella no me estaba mintiendo. Llevaba meses con el estómago cerrado, y lo único que lograba reconfortarla un poco, era un buen vaso de whisky que la relajaba lo suficiente como para dormir el resto del día. Pero yo no tenía ninguna intención de dejar así a mi madre.

No quería que los huesos se siguieran marcando en su piel, ni que su rostro ojeroso y demacrado siguiera viniéndose abajo.

Caminé hasta la cocina y comencé a prepararle una costilla de cerdo con una sencilla ensalada de zanahoria y tomate.

No podía jactarme de ser un buen cocinero, era más bien básico, pero de haber vivido solo, habría sobrevivido al menos un par de semanas.

En cuanto estuvo listo, lo serví en un plato y se lo llevé hasta el sillón

junto a un vaso de agua.

- Gracias Scott- dijo sonriendo nuevamente, mientras con lentitud comenzaba a revolver el plato, intentando tener un poco de hambre.
- Hay... algo que debo decirte- carraspeé en cuanto tragó el primer bocado.

Sus ojos hinchados se posaron en mí con atención, expectantes.

- El año entrante haré prácticas en un periódico, pero me han pedido que escriba un artículo interesante antes de confirmarme el lugar- tragué saliva con dificultad- iré con papá a la comisaría para ver cómo trabaja-
- ¿Qué? - dijo ella abriendo de repente los ojos- no Scott, no puedes-
- Claro que puedo- dije frunciendo el ceño e irguiéndome un poco.
- Dijiste que no tenías ningún interés en ser policía-
- No, tú dijiste eso- negué- pero de todas formas no estoy yendo a ser policía-
- Puedes encontrar una noticia en cualquier otro sitio-
- Pues no sé cuál es el problema de que vaya al trabajo de papá. ¿Por qué te molesta tanto? -
- Tu hermano lo acompañaba al trabajo. Y terminó suicidándose. ¡No seguirás sus pasos! -
- Si Erik se suicidó no fue por acompañar a papá a la comisaría- dije mientras sentía que la sangre me hervía con solo oír hablar de su muerte- si esto es entre tú y papá soluciónenlo entre ustedes. No me metan en el medio-

Mi madre se cubrió el rostro con ambas manos mientras soltaba un quejido. Se pasó los dedos por el cabello, despeinándolo aún más, y finalmente volvió a mirarme con los ojos llenos de lágrimas.

- Siempre haces lo que te viene en gana- me dijo con el rostro contraído por el dolor.

Sentí que el corazón se me partía un poco al verla así, con aquella expresión tan rota; pero no podía permitir que también me rompiera a mí.

- Cambiaste mucho desde que Eric murió- dijo mi madre entre lágrimas- estaba contenta porque dejaras de emborracharte, irte de fiesta... creí que estabas creciendo, pero solo te volviste más serio... estás más apagado... cada vez te pareces más a él-
- No vas a perder a otro hijo mamá- dije apoyándole una mano en el hombro mientras ella comenzaba a sollozar más fuerte.
- No te involucres demasiado en su trabajo Scott, lo digo en serio- me pidió envolviéndose el cuerpo con la frazada aún más fuerte.

- No lo haré- le di un beso en la coronilla y me puse de pie.

Sabía que Albert me estaba esperando en mi cafetería preferida, Cookies, pero había una cosa más que debía hacer, solo por precaución. Entré al baño y abrí el botiquín donde mi madre guardaba sus antidepresivos. Cogí el bote de bastillas y me lo guardé en el bolsillo. Había bebido y estaba angustiada, y yo tampoco quería perder a nadie más.

Como esperaba, Albert me aguardaba en Cookies, sentado en una mesa al final del local. Repasaba el menú con el rostro concentrado y sus lentes redondos bien enfocados sobre la punta de la nariz, como si fuera Papá Noel. En cuanto las campanitas de la puerta sonaron, tanto él como Jordan, que atendía una de las mesas, se volvieron a mirarme.

Albert me sonrió y miró de soslayo su reloj para remarcar mis diez minutos de retraso.

- Lo siento, estaba con mi madre- me disculpé, tomando asiento frente a él.

- Entonces... ¿por qué me pediste que viniera? – me preguntó mientras le hacía un gesto a Jordan, para pedir.

- ¿Recuerdas que me dijiste que fuera a la próxima fiesta de tu universidad? - le pregunté mordéndome el interior de la mejilla con cierta incomodidad.

- ¿Quieres volver a las fiestas a lo grande? – me sonrió Albert arqueando un poco las cejas.

- No se trata de eso...- negué sacudiendo la cabeza- es un favor para una amiga. Está... está enamorada de un chico de tu universidad y le prometí intentar ayudarla a conocerlo-

- ¿De quién se trata? Tal vez lo conozca...-

Rick Sanders- mi primo abrió los ojos de par en par y se echó hacia atrás en su respaldo, justo al mismo tiempo que Jordan se acercaba a nuestra mesa.

- ¿Estás loco? No voy a ayudarte a ver a ese sujeto-

- ¿Por qué no? - inquirí frunciendo el ceño.

- Es un camello, Scott. La universidad es solo un negocio para él-

- Si buscabas a un camello podrías habérmelo pedido...- bromeó Jordan mirándome con los ojos entrecerrados- conozco a alguien que vende de la buena-

- Pues no- negué entornado los ojos y soltando un suspiro- no es eso lo que estoy buscando-

- ¿Es para ti? - inquirió Albert mordéndose el labio.

- ¿Qué? ¡No! Te dije por qué lo buscaba. Solo era para hacerle un favor a mi amiga-

- Pues entonces ten cuidado con la clase de amigos que tienes... no estoy seguro de que justo esté colada por alguien como él. Y con tus

antecedentes... no sería bueno que te mezclen con Rick-

- Sí lo sé. Lo siento- suspiré, y ambos le pedimos hamburguesas a Jordan.

Capítulo 7

Capítulo Siete

La comisaría en la que mi padre trabajaba era agradable. No me refiero a que tenía un buen aspecto, si no a que tenía la considerable cantidad de acción que se espera en una estación de policía.

Al salir de la escuela me encaminé directamente hacia allí. Luego de atravesar la entrada, que mantenía las puertas abiertas de par en par, volví a encontrarme con la recepcionista que observaba su ordenador muy concentrada, mientras los teléfonos no paraban de sonar.

Un grupo de tres policías pasó a mi lado a trompicones en dirección a la salida, con los ceños fruncidos y los labios apretados.

Deseé con todas mis fuerzas unirme a ellos con una grabadora en mano, pero mi padre me había especificado muy claramente que no podía molestar a nadie, y no quería ser un estorbo desde el primer día.

- ¿Eres el hijo de Harry Morris? – oí que decía alguien a mi derecha.

Al volverme me encontré cara a cara con un señor que debía rondar los cuarenta años. Tenía el cabello rubio y grueso, y un bigote largo y grueso. Era de estatura baja y de cuerpo robusto, y me observaba con dos pequeños ojos negros, y el ceño fruncido.

- Sí, señor- asentí luego de estudiarlo por varios segundos- Scott Morris-

- Yo soy el comisario Filch- se presentó- tu padre no está en este momento, así que me encargaré de darte algo que hacer-

- Genial... ¿Puedo ayudarlos de alguna forma? –

- Tal vez quieras ir con los cadetes a ordenar los archivos...-

- Pues... en realidad la idea era merodear por aquí en busca de algún caso interesante-

- Todos los casos concluidos están en archivos, aquí arriba solo está aquello que aún está sin resolver-

- Fantástico- dije forzando una sonrisa.

- Te acompañaré-

Filch me acompañó a lo largo de toda la comisaría. Detrás del mostrador principal había filas de escritorios en los que, los policías estaban completando formularios en sus respectivos ordenadores, mientras tomaban café o comían un sándwich.

Nadie pareció percatarse mi presencia, lo cual era raro, considerando

que aún llevaba puesto el uniforme del instituto.

Al fondo a la izquierda había una pequeña puerta de vidrio, Fisher la abrió y me señaló que bajase las escaleras que había al otro lado.

A medida que descendíamos, el frío era un poco más intenso y se mezclaba con el olor a humedad y polvo del sótano. En cuanto estuve a los pies de la escalera, cinco pares de ojos se posaron en mí.

- Buenos días cadetes- los saludó Fisher poniendo los brazos en jarras y deteniéndose dos centímetros delante de mí.
- Buenos días comisario- saludaron todos en coro.
- Este chico está aquí para ayudarlos a ordenar, no es un cadete, solo escribe un artículo-

Entorné los ojos al oír el "solo escribe", como si mi investigación fuera menos importante que un grupo de cadetes ordenando en un sótano.

- Pueden parar a comer, si quieren- les recordó el hombre antes de volver a subir por la escalera.

El sótano sin duda alguna, era la peor parte de la comisaría. Sin embargo, traté de respirar profundo, dejando que todo el polvo entrara a mis pulmones, y me esforcé por poner mi mejor cara de póker.

Dos lámparas de luz cálida iluminaban el lugar, aunque titilando de vez en cuando. Las paredes estaban repletas de estanterías de hierro oxidado en donde debían estar los archivos ordenados alfabéticamente en vez de estar esparcidos por el suelo y la mesa.

- Por tu cara deduzco que tampoco tú esperabas terminar en un sótano cuando decidiste venir aquí- dijo una chica acercándose a mí.
- Pensé que lo estaba disimulando- dije con una mueca.

Me senté en una punta de la mesa, la única que no estaba cubierta por papeles y carpetas y extraje un sándwich de mi morral.

- ¿Podrías? - me pidió ella señalando un lugar de la mesa lleno de papeles polvorientos.

Tardé cerca de un minuto en entender que me estaba pidiendo que aparte todo para que ella pudiera sentarse; levanté las cejas y la miré desconcertado, pero finalmente lo hice.

- Gracias- sonrió apenas levantando la comisura de los labios y tomando asiento.

Era una chica delgada con rasgos delicados. Su piel era color durazno con las mejillas levemente sonrojadas y labios carnosos. Llevaba el cabello, marrón oscuro y lacio, perfectamente recogido en una coleta alta. Sus ojos castaños eran grandes y brillantes, enmarcados por largas pestañas negras, estaban concentrados mientras buscaba algo en una enorme cartera oscura.

Finalmente extrajo un yogurt de frutos rojos y una cuchara metálica y se volvió a fijar en mí.

- ¿Almuerzas un yogurt? - le pregunté mientras masticaba un trozo de sándwich- he escrito un artículo sobre problemas alimenticios, talvez podría ayudarte-
- Si tuviera problemas alimenticios no estaría comiendo ni siquiera un yogurt, créeme- dijo encogiéndose de hombros- me gusta, eso es todo-
- Como digas- sonreí.
- Llevas el uniforme de St. Lorence... ¿por qué escribes artículos? ¿Es para una revista escolar? -
- Estoy intentando ser practicante de un periódico el año entrante. ¿Y tú? No pareces ser mayor que yo-
- No lo soy- dijo ella comiendo una cucharada de su insípido yogurt- estudio en el St. Martins... la escuela posicionada en el primer puesto... por encima de la tuya-
- Sí, creo que lo he comprendido- suspiré entornando los ojos.
- Estoy siendo practicante aquí... aún no soy cadete. Pero ingresaré en cuanto termine el instituto-
- Soy Scott y ¿tú? - dije tendiéndole una mano aceitosa por el sándwich, con una sonrisa socarrona.
- Abigail- dijo ella tomándome solo la punta de los dedos con una sonrisa de desagrado.
- ¿Continuamos? - dijo uno de los cadetes que ya había terminado de comer.

Abigail se puso de pie rápidamente y se colocó un par de guantes de látex para tocar los archivos.

Sonreí y comencé a ayudarlos mientras reunían todos los historiales que comenzaban con la letra "c".

Llevábamos toda la tarde ordenando archivos. Nunca me había considerado una persona alérgica hasta ese día; pero luego de cinco horas allí abajo comenzaba a sentir los ojos irritados y no paraba de estornudar.

- ¡Ya terminaron por hoy! - oímos la voz de Filch que había bajado sin que nos percatamos.

Abigail se sobresaltó, y dejó caer la carpeta que llevaba entre las manos. Me agache para recoger las hojas desperdigadas. Correspondía a la historia de un vendedor de drogas que había sido arrestado hacia cosa de un año. Pertenece a alguna clase de red de narcotráfico, pero era uno de los pocos que había sido capturado: Emmet Lancaster.

- Gracias- dijo Abigail carraspeando y tomándome la carpeta de entre las manos.

Sí, lo siento-

Todos juntos subimos las escaleras y cada uno se marchó por su parte.

Mi padre estaba esperándome junto a la puerta. Me sonrió levemente y me entregó un vasito descartable de café con tapa, y dos sobres de azúcar.

- ¿Qué tal te ha ido? - me preguntó mientras él tomaba un sorbo de su vaso- ¿encontraste algo interesante allí abajo? -

- Si te refieres a que descubrí que soy alérgico al polvo después de todo, sí, he descubierto algo- suspiré destapando mi café y llenándolo de azúcar-

- Tiene whisky, como te gusta...- me sonrió- no sale así de la máquina expendedora, pero lo he traído de la cafetería que está en frente-

- Fantástico- le sonreí mientras bebía un sorbo.

Mi padre se despidió de sus compañeros y ambos nos encaminamos hacia su patrullero. Me acomodé en el asiento del acompañante y él comenzó a conducir en dirección a casa.

- Ahora que lo pienso...- comencé- creo que sí vi algo interesante después de todo-

- Cuéntame- dijo él mirándome de reojo.

- Emmet Lancaster- solté- leí algo sobre que pertenecía a una red de drogas-

- Pues eso no tiene nada de demasiado interesante hijo...- dijo él mientras yo me quemaba la lengua con mi café, pero no por eso dejaba de tomarlo- en Philacoops hay una única red de drogas, igual que en muchas otras de las ciudades. Todos los vendedores, o camellos, como quieras llamarlos, están conectados entre sí, y probablemente se conocen. Si capturas a uno, rompes un eslabón de la red, pero es casi imposible que hablen... tal vez solo lo hagan con un arma en la cabeza- se rio entornando los ojos.

Pero entonces... suponiendo que hablara... si encontraras a uno ¿podrías encontrar a cualquier otro? -

- Así es-

- ¿Sabes qué? - de pronto, una idea comenzó a dar vueltas en mi cabeza-

no iré a casa, ¿puedes dejarme en el Cookies? Quiero saludar a Jordan-
- De acuerdo- asintió.

Capítulo 8